

Domingo XXII del TO
Ciclo B



1 de septiembre de 2024

Deut 4, 1-2.6-8

Sal 14

St 1, 17-18.21-22.27

Mc 7, 1-8.14-15.21-23

P. Eduardo Suanzes, msps

En el Evangelio¹ vemos cómo Jesús se opone a las normas prácticas defendidas por los fariseos, los observantes escrupulosos, los que dominan la sinagoga y los maestros reconocidos (letrados) sobre el precepto sabático y el de pureza ritual, etc... Vemos cómo somete a crítica las «tradiciones de los antepasados». Para fariseos y letrados, el contacto con paganos y con ciertas cosas u objetos era causa de impureza; pero, además, los judíos que no observaban la Ley eran considerados «profanos», como si no formaran parte del pueblo santo de Israel, equiparándolos así a los paganos. Tratar con ellos ponía en peligro de contraer impureza y de ser excluido del pueblo de la alianza

Jesús responde a la pregunta de los fariseos con una fuerte invectiva, apoyándose en un texto de Isaías², aquel profeta que habló de preparar el camino del Mesías enderezando las sendas. Y lo hace acusándoles de «hipócritas». La palabra «hipócrita, designaba en el mundo griego a un actor, aquel que simula actitudes o sentimientos ante un público; fuera de la escena equivale a "farsante". Y es que frente a la **idea defensiva de la pureza Jesús defiende una pureza activa: no se pega la impureza sino la pureza** (por eso se acercaba a impuros y extranjeros, compartía mesa con pecadores, etc.). Y, más en el fondo, Jesús relativizaba la importancia de tantas normas detallistas frente a la trascendencia ética de valores como la justicia, la misericordia y la fidelidad a Dios, que sí son importantes. Por encima de todas las normas, Jesús puso al hombre, y especialmente al hombre postrado, expresando eso con su mandamiento del amor, incluso a los enemigos.

Y es entonces cuando Jesús enuncia su principio, diametralmente opuesto a la doctrina que enseñan los letrados y siguen los fariseos. Establece lo que de verdad aleja al hombre de Dios.

En el lenguaje religioso, lo «profano» es lo que está fuera del ámbito de lo divino o, en otras palabras, lo que está lejos de Dios, aquello por lo que él no se interesa y queda al arbitrio de los hombres. Para los fariseos, estaban lejos de Dios y fuera de su ámbito todos los que no pertenecían a Israel, «el pueblo santo o consagrado», en particular los paganos, pero también los que, dentro de Israel, no se mantenían en el favor divino mediante la estricta observancia de la Ley.

Jesús expone el nuevo principio afirmando que lo que aleja al hombre de Dios no es lo exterior; el mundo exterior no se presenta como enemigo del ser humano o como peligro

¹ Cfr. JUAN MATEOS Y FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético. Vol. II.* Ed. El Almendro. Córdoba, 1993

² Is 29, 13

para su relación con Dios; no es profano ni transmisor de impureza. Dios se interesa por todo lo que ha creado, especialmente por el ser humano.

Lo que Jesús afirma es que es el hombre mismo el que puede alejarse de Dios. Las cosas no son puras o impuras, agradables o desagradables a Dios, sólo las personas según su disposición *interior*. Lo creado, lo que existe, no es profano ni sucio, pero el hombre, desde su interior, puede crear lo profano, lo sucio, lo manchado. Aviso a navegantes: nosotros cristianos que *con la mano en la cintura* tachamos de enemigos de Dios y de la Iglesia a personas porque las situamos fuera de Su ámbito, sin considerar su corazón, su interior, su historia, su sufrimiento, sin son buenos o no, si son misericordiosos o no.

Se salta la Liturgia un versículo importante. Y es que cuando Jesús se queda a solas con sus discípulos se nos dice que ellos tampoco entienden lo que acaba de decir porque *«le preguntaron sus discípulos por el sentido de la parábola. Él les replicó: —¿Así que también ustedes son incapaces de entender? ¿No caen en la cuenta de que nada de fuera que entre en el hombre puede hacerlo profano?»*

Jesús se separa de la multitud, porque ha entendido perfectamente lo que Jesús les ha dicho, no necesitando de ulterior explicaciones. Son los discípulos, por el contrario, los que no han entendido; es más, califican el dicho de Jesús de parábola, de enigma. Jesús no ha propuesto, sin embargo, una parábola; ni un enigma: *«Escúchenme todos y entiendan»* había dicho. Los discípulos debían haber entendido sin dificultad. Pero no ha sido así, porque no han captado aún el secreto del reinado de Dios, su amor a toda la humanidad. Ellos no comprenden, no porque el dicho de Jesús fuera oscuro, sino porque no pueden creer que signifique lo que dicen sus palabras. Han aceptado que dentro del pueblo no hay discriminación, pero la supresión total de lo profano/impuro les resulta excesiva. Si no hay alimentos que puedan separar de Dios, desaparece una decisiva señal de identidad del pueblo judío, y se pone en el mismo nivel a todos los pueblos. Es decir, no solamente suprime Jesús la discriminación dentro de Israel, sino también la separación que la Ley de Moisés había establecido respecto a los pueblos paganos. Demasiado.

Para Jesús el corazón humano es una fuente de la que puede fluir lo bueno o lo malo. Es la sede consciente de los comportamientos humanos. Ahí es donde se sitúa el *quid* de la cuestión. Es decir, según estos dichos de Jesús, las distinciones entre puro/impuro o profano/sacro no proceden de Dios; la impureza o profanidad nace de la mala relación con los demás hombres. Dios no ha creado esas distinciones, es el hombre el que las causa con su conducta. Lo que aleja de Dios es hacerse daño a uno mismo o hacerlo a otros.

Libera así Jesús de los preceptos esclavizantes de la antigua Ley, pone como criterio de la cercanía a Dios el amor al prójimo y derriba la barrera entre judíos y paganos, condición para la creación de una humanidad nueva y fraterna. ¿Acabaremos por entenderlo? No crean, en veintiún siglos de cristianismo todavía tenemos lagunas y nos pasa un poco como a los discípulos: nos parece demasiado. ¡No puede ser que Dios tenga tanta manga ancha!, pensamos. ¿Acabaremos por entenderlo y vivirlo?